

XVII

A las nueve menos cinco llegamos á Vincennes, en el mismísimo instante en que lo efectuaba el coche de Chateau-Renaud, y unos y otros nos internamos en el bosque por caminos diferentes, después de dar orden á nuestros respectivos cocheros que fuesen á aguardarnos en la alameda grande en cuanto nos hubiésemos apeado.

Poco después estábamos reunidos en el lugar de la cita.

—Señores, dijo Luis echando el primero pie á tierra, ya saben ustedes que no admito arreglo alguno.

—Sin embargo, repuse yo acercándome.

—¡Ah! mi buen amigo, profirió Franchi, después de la confianza que le he hecho, V. es el que está menos autorizado para proponerlo ó aceptarlo.

Ante la firme voluntad de Luis, que para mí era sagrada, agobié la cabeza, y dejándolo junto al cupé, Giordano y yo nos encaminamos al encuentro de Boissy y de Chateaugrand.

Giordano llevaba en la mano el estuche de las pistolas.

—Señores, dijo el barón Giordano así que los cuatro testigos hubimos cruzado un saludo, en circunstancias como las presentes, los cumplidos más cortos son los mejores, pues de un momento al otro pueden estorbarnos. Aquí están las armas que nos comprometimos á traer; examínenlas ustedes; acabamos de tomarlas en casa del armero, y damos nuestra palabra de que el señor Luis de Franchi ni siquiera las ha visto.

—Era ocioso que empeñase V. su palabra, replicó el vizconde de Chateaugrand; sabemos con quienes tratamos.

Y cogiendo una pistola, mientras Boissy cogía la otra, los dos testigos hicieron funcionar el gatillo y examinaron el calibre.

—Son pistolas comunes y nunca han servido, dijo Giordano; pero, una pregunta: ¿pueden los adversarios aprovechar los dos tiempos del gatillo?

—Opino que cada uno de ellos es libre de hacer lo que le plazca y según su costumbre, respondió Boissy.

—Corriente, profirió Giordano. La igualdad de probabilidades place.

—Bueno pues, avise V. al señor de Franchi, como nosotros avisaremos al señor de Chateaugrand.

—De acuerdo; ahora, caballero, continuó el barón Giordano, como nosotros hemos traído las armas, á ustedes les corresponde cargarlas.

—Los dos jóvenes cogieron cada uno una pistola, midieron escrupulosamente la misma carga de pólvora, cogieron al acaso dos balas, y las metieron en sus cañones con ayuda de la baqueta.

Durante esta operación, en la cual no quise tomar parte alguna, me acerqué á Luis.

—No olvide V. ninguno de mis encargos, me

dijo Franchi sonriéndose, y obtenga V. de Giordano, á quien, por otra parte, se lo recomiendo en la carta que le he entregado, que nada cuente á mi madre ni á mi hermano. Procure V. también que los periódicos no recen palabra sobre este duelo, ó, si hablan de él, que no citen los nombres.

—¿Conque persiste V. en la terrible convicción de que el duelo le será fatal? pregunté á Luis.

—Más que nunca; pero fío en que á lo menos me hará V. la justicia de convenir en que he arrosado la muerte como verdadero corso.

—Es tal la tranquilidad de V., mi querido Franchi, proferí, que me hace alentar la esperanza de que no está V. tan plenamente convencido como eso.

—Todavía me quedan siete minutos de vida, repuso Luis sacando su reloj. Y en consultándolo, puso en mi mano la joya, añadiendo: Tome V. mi reloj, y hágame el favor de conservarlo en recuerdo mío: es un excelente Breguet.

—Espero devolvérselo á V. dentro de ocho minutos, dije á Franchi, tomando el reloj y estrechándole la mano.

—No hablemos más de eso, profirió Luis... Ahí vienen los padrinos.

—Señores, dijo el vizconde de Chateaugrand, á la derecha mano debe de haber un claro que á mí mismo me sirvió de teatro para un lance parecido el año pasado; ¿les parece si lo buscásemos? En él estariamos mejor que en la alameda, donde pueden estorbarnos.

—Guíenos V., contestó Giordano Martelli.

El vizconde se adelantó, y los demás lo seguimos en dos grupos separados.

En efecto, á no tardar y después de unos treinta

pasos de insensible descenso nos hallamos en un claro que en otro tiempo había indudablemente sido una charca por el estilo de la de Auteuil, y que, ya seca, formaba una hondonada rodeada de una como escarpa. El terreno parecía pues expresamente dispuesto para servir de teatro á una escena como la que allí iba á desenvolverse.

—Señor Martelli, dijo el vizconde, ¿quiere V. medir los pasos conmigo?

El barón respondió con un saludo de asentimiento, y, mano á mano con Chateaugrand, midió veinte pasos comunes.

Yo quedé pues todavía algunos segundos á solas con Franchi, el cual me dijo:

—De molde, sobre mi bufete hallará V. mi testamento.

—Está bien, respondí, nada tema V.

—Cuando plazca á ustedes, señores, dijo Chateaugrand.

—Aquí estoy, repuso Luis. Y volviéndose hacia mí, añadió: Adiós, mi querido amigo, y gracias de todo corazón por las molestias que le he ocasionado, sin contar, continuó, sonriéndose con melancolía, las que todavía voy á darle.

—Ea, proferí, cogiendo la mano á Franchi, que aunque fría no estaba agitada, olvide V. la aparición de esta noche y apunte lo mejor que pueda.

—¿Recuerda V. el *Freyschutz*?

—Sí.

—Pues ya sabe V. que cada bala tiene su destino... Adiós.

Luis encontró en su camino al barón Giordano, que tenía en la mano la pistola que le estaba destinada, cogió el arma, la amortilló, y, sin mirarla siquiera, fué á colocarse en su sitio, indicado por un pañuelo.

Chateau-Renaud estaba ya en el suyo.

Por un instante reinó el más profundo silencio, durante el cual los duelistas saludaron á sus testigos, luego á los de sus adversarios, y por último se saludaron mutuamente.

Chateau-Renaud parecía estar acostumbrado á aquella clase de negocios, y se sonreía como hombre seguro de su destreza, si no era que le constaba que aquella era la primera vez que Franchi empuñaba una pistola.

Luis estaba sosegado é impasible, y su hermosa cabeza parecía de mármol.

—Señores, dijo Chateau-Renaud, ya ven ustedes que estamos aguardando.

Luis me dirigió una postrera mirada, y luego y sonriéndose fijó los ojos en el cielo.

—Ea, señores, exclamó Chateaugrand, prepárense ustedes. Y dando tres palmadas, añadió: A la una... á las dos... á las tres.

Los dos tiros no produjeron más que una sola detonación.

Al mismo instante ví á Luis dar dos vueltas sobre sí mismo y caer sobre una rodilla.

Chateau-Renaud quedó en pie; el proyectil de Luis sólo le había agujereado la solapa del gabán.

—¿Está V. herido? exclamé abalanzándome á Franchi.

El desventurado hizo un esfuerzo para responderme, pero sus labios, en vez de dar paso á palabra alguna, se bordaron de sanguinolenta espuma.

Al mismo tiempo, Franchi dejó caer la pistola y se llevó la mano al lado derecho de su pecho.

Apenas si en el gabán se veía un agujero no mayor que un garbanzo.

—Señor barón, exclamé, corra V. al cuartel y tráigase V. al cirujano del regimiento.

Pero Franchi reunió las fuerzas que le quedaban, y, deteniendo á Giordano, le hizo con la cabeza una señal significativa de que era inútil que diese aquel paso.

Al mismo tiempo, Luis cayó sobre la segunda rodilla.

Chateau-Renaud se alejó inmediatamente; pero sus dos testigos se acercaron al herido, á quien Giordano y yo habíamos ya abierto el gabán y desgarrado el chaleco y la camisa.

La bala había entrado por debajo en la sexta costilla de la derecha y salido algo encima de la cadera izquierda.

A cada respiración del moribundo, la sangre manaba por ambas heridas, evidentemente mortales.

—Señor de Franchi, dijo Chateaugrand, esté usted firmemente persuadido de que deploramos amargamente el desastroso resultado de este asunto, y esperamos que no alienta V. rencor alguno contra el señor de Chateau-Renaud.

—Sí..., murmuró el herido, le perdono...; pero que salga de París..., que salga... Y volviéndose hacia mí y haciendo un esfuerzo, me dijo: No olvide V. la promesa que me ha hecho.

—Le juro á V. cumplir sus deseos, respondí.

—Y ahora, profirió Franchi sonriéndose, consulte V. el reloj.

Dichas estas palabras, Luis se desplomó exhalando un prolongado suspiro, el último.

Yo consulté el reloj: eran las nueve y diez en punto. Luego miré á Franchi: estaba muerto.

Trasladamos el cadáver á su domicilio, y mientras Giordano iba á hacer la declaración al comisario de policía del distrito, lo subí con José á su cuarto.

El pobre criado lloraba á lágrima viva.

Al entrar, á pesar mío fijé los ojos en el péndulo, y ví que señalaba las nueve y diez minutos. Indudablemente se habían olvidado de darle cuerda, y se había parado precisamente á aquella hora.

Poco después, el barón Giordano regresó con los agentes de justicia, que, advertidos por él, venían á echar los sellos.

El barón quería enviar esquelas mortuorias á los amigos y conocidos del difunto; pero le rogué que antes leyese la carta que le entregara Luis de Franchi en el instante de nuestra partida.

Giordano abrió la carta, y vió que en ella Luis le rogaba encarecidamente que ocultase á Luciano la causa de su muerte, y que, para que persona alguna estuviese en la confidencia, le hiciese enterrar sin pompa ni ceremonia.

El barón se encargó de todos esos pormenores, y yo fui á ver al punto á Boissy y á Chateaugrand, para rogarles que guardasen silencio sobre aquel desgraciado asunto, y que incitasen á Chateau-Renaud, sin decirle porqué, á que se ausentara de París, á lo menos por algún tiempo.

Boissy y Chateaugrand me prometieron secundar mi intención en cuanto estuviese en su poder; y mientras ellos se encaminaban á casa de Chateau-Renaud, fui á echar en el buzón la carta que anunciaba á la señora Franchi que su hijo acababa de morir de una calentura cerebral.

XVIII

Contra la costumbre en casos parecidos, aquel duelo no hizo ruido.

Hasta los periódicos, resonantes y mentidas trompetas de la publicidad, se callaron.

Sólo algunos amigos íntimos acompañaron al cuerpo del infortunado joven al cementerio del Padre Lachaise.

En cuanto á Chateau-Renaud, por mucho que le instaron se negó á ausentarse de París.

Por un momento estuve si escribo no escribo á la familia de Luis, después de haber echado la carta de éste al correo; pero aunque el propósito era bueno, me repugnó el mentir respecto de las causas de la muerte de un hijo y de un hermano. Además, me cabía el convencimiento de que el mismo Luis, antes de escribir á su madre la carta aquella, había luchado largamente, y que, para decidirse á hacerlo, le había sido menester la importancia de las razones que me diera.

Así pues, y á riesgo de que me acusaran de indiferente ó de ingrato, guardé silencio, como estaba convencido de que también Giordano Martelli lo había guardado.

Cinco días después del duelo, á eso de las once de la noche y mientras estaba trabajando sentado á mi bufete, junto á la lumbre, solo y más que medianamente mal humorado, entró mi criado, cerró apresuradamente la puerta, y con voz atropellada me dijo que el señor de Franchi preguntaba por mí y deseaba hablarme.

—¿Qué está V. diciendo ahí? repuse, volviéndome y mirando con fijeza á Víctor, mi criado, que estaba sumamente pálido.

—Si quiere V. que le diga la verdad, profirió Víctor, ni yo mismo lo sé.

—Vamos á ver, ¿de qué señor Franchi quiere usted hablarme?

—Pues, del amigo de V... del que he visto aquí dos ó tres veces...

—Está V. loco, Víctor. ¿No sabe V. que tuvimos la desgracia de perderlo hace cinco días?

—Sí, señor; por eso no sé lo que me pasa. Cuando ha llamado, yo me encontraba en la antesala, y he ido á abrir la puerta; pero al verlo me he echado atrás inmediatamente. Entonces el señor de Franchi ha entrado, ha preguntado si V. estaba en casa, y, en mi turbación, le he respondido que sí. Pues vaya V. y anúnciele, me ha dicho, que el señor de Franchi solicita hablar con él. Y aquí me tiene V.

—Le repito que está V. loco, Víctor, repuse; indudablemente la antesala estaba escasamente iluminada, y ha visto V. mal; ó estaba V. dormido y ha oído una cosa por otra. Vuelva V. allá, y pregunte V. nuevamente el nombre.

—Es inútil, señor, profirió Víctor; le juro á V. que no me engaño, que he visto y oído claramente.

—Pues que entre el señor de Franchi, dije.

Víctor se encaminó temblando á la puerta, la

abrió, y desde el interior de mi estudio, exclamó:

—Sírvasse V. entrar, caballero.

Apesar de la alfombra que los amortiguaba, al punto oí rumor de pasos de alguien que atravesaba el salón y se acercaba á mi estudio; luego ví parecer efectivamente al señor de Franchi.

Confieso que mi primer impulso fué de terror, y que me levanté y retrocedí un paso.

—Perdóneme V. si le molestó á tales horas, me dijo Franchi, pero he llegado hace diez minutos, y ya comprende V. que no he querido aguardar á mañana para hablar con V.

—¡Ah! mi querido Luciano, ¿conque es V.? exclamé abalanzándome á él, abrazándole efusivamente, y soltando á pesar mío algunas lágrimas.

—Sí, yo soy, respondió el joven.

—¿Entonces nada sabe V.? proferí, calculando que apenas si la carta había tenido tiempo de llegar, no á Sullacaro, pero ni siquiera á Ajaccio.

—Lo sé todo, respondió Luciano.

—¡Cómo! ¡todo!

—Sí, señor.

—Víctor, dije á mi criado, todavía algo intranquilo, déjenos V., ó mejor vuelva V. dentro de un cuarto de hora con una salvilla con refrescos. Y volviéndome hacia Luciano, añadí: Usted cena y duerme aquí, ¿no es eso?

—Acepto, contestó Franchi; no he comido desde Auxerre. Además, como nadie me conocía, ó más bien dicho, —añadió sonriéndose profundamente triste,—como en casa de mi desventurado hermano todos parecían conocerme, no han querido abrirme la puerta, y me he vuelto dejando la casa entera en revolución.

—En efecto, mi querido Luciano, el parecido de

usted con Luis es tal, que á mí mismo me ha llenado de asombro al entrar V.

—¡Cómo! exclamó Víctor, que aun no se habia decidido á salir de mi estudio, ¿el caballero es hermano de...?

—Sí; pero vaya V., y sírvanos.

Víctor se salió, y yo así la mano á Franchi, lo conduje á un sillón, me senté junto á él, y, cada vez más admirado de su presencia, le dije:

—¿Luego estaba V. en camino cuando supo la nueva fatal?

—No, señor, en Sullacaro.

—No puede ser; apenas si á estas horas ha llegado allá la carta de Luis.

—Usted se olvida de la balada de *Burger*, mi querido Alejandro; ¡los muertos van aprisa!

—¿Qué quiere V. decir? proferí estremeciéndome; no le comprendo.

—¿Ya no recuerda V. lo que le conté respecto de las apariciones familiares á nuestra familia?

—¡Qué! ¿á V. se le ha aparecido Luis? exclamé.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Durante la noche del 16 al 17.

—¿Y se lo dijo á V. todo?

—Todo.

—¿Dijo á V. que estaba muerto?

—No, sino que lo habían matado: los muertos no mienten.

—¿Y le dijo cómo?

—En duelo.

—¿Por quién?

—Por Chateau-Renaud.

—No, no, no puede ser, dije; V. ha sabido eso por otro conducto.

—¿Usted cree que estoy en disposición de cambiarme?

—Usted perdone, proferí; pero es tan extraordinario lo que V. me dice, y cuanto pasa á ustedes está de tal suerte fuera del orden natural...

—Que no acierta V. á dar crédito á ello, ¿no es verdad? Lo comprendo. Y abriendo la pechera de su camisa y mostrándome una señal azul impresa en su piel, encima de la sexta costilla, Luciano añadió: Mire V., ¿cree V. en esto?

—Realmente en este sitio recibió Luis la herida, dije.

—Y la bala salió por aquí, ¿no es cierto? prosiguió Franchi apoyando un dedo encima de la cadera izquierda.

—¡Es portentoso! exclamé.

—¿Quiere V. que le diga á qué hora murió Luis?

—Diga V.

—A las nueve y diez minutos.

—Mire V., Luciano, cuéntemelo todo de un tirón, pues al interrogarle y al escuchar sus fantásticas respuestas, mi imaginación se extravía; prefiero un relato.

XIX

Luciano se acodó en su sillón, miróme fijamente y continuó:

—Es muy sencillo. El día que murió mi hermano, había salido yo por la mañana á caballo para visitar á nuestros pastores de la parte de Carboni, cuando en el instante en que, después de haber mirado la hora, me metía mi reloj en el bolsillo, recibí en el costado un golpe tan violento, que me desmayé. Al abrir de nuevo los ojos, me encontré tendido en el suelo y en brazos de Orlandi, que me echaba agua en el rostro. Mi caballo estaba á cuatro pasos, con las narices tendidas hacia mí, soplando y resoplando.

«—Pero ¿qué le ha pasado? me preguntó Orlandi.

»—No lo sé, respondí; pero dígame V. ¿no ha oído V. un tiro?

»—No.

»—Se lo pregunto, porque me parece que acabo de recibir un balazo aquí, dije á Orlandi mostrándole el sitio en que yo sentía el dolor.

»—Ni se ha oído escopetazo ni pistoletazo alguno, ni tiene V. agujereado el gabán.

»—Entonces, repliqué, acaban de matar á mi hermano.

»—Esto ya es distinto, profirió Orlandi.

»Abrí mi gabán, y hallé la señal que he mostrado á V. hace poco, pero que al principio era viva y como sanguinolenta.

»Tan quebrantado me tenía el doble dolor físico y moral, que por un instante estuve si me vuelvo no me vuelvo á Sullacaro; pero me contuve al pensar que mi madre no me aguardaba hasta la hora de la cena, y no sabía yo qué razón darle para motivar mi regreso.

»Por otra parte, no quería anunciarle, sin mayor certitud, la muerte de mi hermano.

»Continué pues mi camino, y no volví á mi casa hasta las seis de la tarde.

»Mi pobre madre me recibió como siempre; lo cual era demostración palpable de que nada sospechaba.

»En cenando, me subí á mi cuarto, y como al pasar por el corredor que V. sabe, el viento apagó mi bujía, iba á bajarme otra vez para encenderla de nuevo, cuando al través de las rendijas de la puerta ví luz en el cuarto de mi hermano.

»De pronto supuse que Griffó había tenido qué hacer en aquel cuarto, y que, al marcharse, se había olvidado en él la lámpara.

»Con todo eso empujé la puerta, y al entrar ví que ardía un cirio junto á la cama de mi hermano, y, en la cama, á mi hermano, tendido, desnudo y ensangrentado.

»Por un instante quedé inmóvil de terror; luego me acerqué á mi hermano, y lo toqué... Estaba ya como el mármol.

»El cuerpo de Luis estaba atravesado de parte á parte por una bala, y la bala había entrado por el

mismo sitio en que yo sintiera el golpe; además, de los violáceos labios de la herida manaban algunas gotas de sangre.

»Para mí era evidente que habían matado á mi hermano.

»Caí de rodillas, y, con la frente apoyada en la cama, cerré los párpados y oré.

»Al abrir de nuevo los ojos, me hallé en la más negra oscuridad; el cirio estaba apagado, la visión había desaparecido.

»Palpé la cama, y estaba vacía.

»Yo me tengo por tan valiente como el que más; pero confieso á V. que al salir del cuarto, á tientas, mis cabellos estaban erizados y el sudor me inundaba la frente.

»Bajé por otra bujía, y mi madre, al verme, lanzó una gran voz.

»—¿Qué te pasa? me preguntó, ¿por qué estás tan pálido?

»—Nada tengo, madre, respondí.

»Y cogiendo otro candelero, me subí nuevamente.

»Ahora la bujía no se apagó, y al entrar en el cuarto de mi hermano, ví que no había en él ningún cirio y que los colchones no presentaban huella alguna de haber cargado sobre ellos un peso.

»En el suelo estaba mi primera bujía, y, recogéndola, volví á encenderla.

»Pese á no ofrecérseme nuevas pruebas, lo que viera fué bastante para dejarme plenamente convencido.

»Mi hermano había sido matado á las nueve y diez minutos de la mañana.

»Entré en mi cuarto, me acosté profundamente conmovido, y, como puede V. suponer, tardé mucho tiempo en dormirme, es decir hasta que la fatiga venció á la emoción.

»Entonces todo continuó bajo la forma de un ensueño; ví la escena tal cual se había desenvuelto; al hombre que ha matado á Luis, y oí pronunciar su nombre; el matador se llama Chateau-Renaud.»

—¡Ay! cuanto acaba V. de decir es demasiado cierto por desgracia, repuse. Pero ¿qué viene V. á hacer en París?

—Vengó á matar al que ha matado á mi hermano.

—¿Matarlo?...

—¡Oh! no tema V., no al modo de los corsos, tras un seto ó por encima de una pared, sino al modo francés, con guantes blancos, chorrera y puños de encajes.

—¿Y la señora de Franchi sabe que ha venido usted con esta intención?

—Sí.

—¿Y ha dejado que V. partiera?

—Me besó en la frente y me dijo: «¡Vé!» Mi madre es una verdadera corsa.

—¡Y ha venido V.!

—Heme aquí.

—Pero Luis, en vida, no quería ser vengado.

—Muerto, habrá mudado de parecer, replicó Luciano sonriéndose con amargura.

En esto el criado sirvió la cena, y nos sentamos á la mesa.

Luciano comió como hombre libre de toda preocupación, y, en cenando, lo conduje á su dormitorio, donde me dió las gracias, me estrechó la mano y me dió las buenas noches.

La calma de Luciano era la que, en las almas fuertes, sigue á una resolución inquebrantable.

Al día siguiente Franchi entró á verme tan pronto mi criado le dijo que yo estaba en disposición de recibirlo.

—¿Quiere V. hacerme el favor de acompañarme hasta Vincennes? me dijo Luciano. Deseo hacer esta piadosa peregrinación; si no le vaga, iré solo.

—¡Cómo, solo! ¿y quién indicará á V. el sitio?

—Nada tema V., lo conoceré; ¿no he dicho á V. que lo ví en sueños?

—Está bien, le acompaño, dije, picada mi curiosidad de saber hasta dónde llegaría aquella singular intuición.

—Pues vistase V. mientras escribo á Giordano. Dígame, ¿me presta V. su criado para que lleve la carta esa á su destino?

—Mi criado lo es de V.

—Gracias.

Luciano se salió, y diez minutos después volvió á entrar trayendo su carta y entregándosela á mi criado para que la llevara á Martelli. Luego nos subimos á un cabriolé por el cual envié, y partimos para Vincennes.

—Ya estamos cerca, ¿no es verdad? dijo Luciano al llegar á la encrucijada.

—Sí, á veinte pasos de aquí nos hallaremos en el sitio por donde entramos en el bosque.

—Ya hemos llegado, exclamó el joven dando orden al cochero de que parase.

Realmente aquel era el sitio.

Luciano entró sin titubear en el bosque, como si le fuera familiar, se encaminó derechamente á la hondonada, y, una vez en ella, se orientó por espacio de un segundo, se adelantó hasta el lugar en que cayera su hermano, se inclinó hasta el suelo, y, al ver en la tierra una mancha rojiza, dijo:

—Es aquí.

Tras estas palabras, Franchi bajó con lentitud la cabeza y besó el césped; luego se levantó con las pupilas inflamadas, atravesó la hondonada hasta

el sitio desde el cual disparara Chateau-Renaud, y, dando con el pie en el suelo, profirió:

—Aquí estaba el matador de Luis, y aquí le verá usted tendido mañana.

—¡Cómo! ¿mañana? repuse.

—Sí; ó es un cobarde, ó mañana me dará aquí mi desquite.

—Sepa V., mi querido Luciano, le dije, que en Francia los duelos no arrastran más consecuencias que las naturales á ellos. Chateau-Renaud se batió con Luis, á quien provocó, pero nada tiene que ver con V.

—¡Ah! ¿Conque según V., Chateau-Renaud tuvo el derecho de provocar á mi hermano, porque éste ofreció su apoyo á una mujer á quien él había engañado por manera villana? ¿Chateau-Renaud mató á mi hermano, que nunca empuñó una pistola; lo mató con tanta seguridad como si hubiese disparado sobre aquel corzo que nos está mirando, y á mí no me cabría el derecho de provocar á Chateau-Renaud? ¡Bah!

Yo bajé la cabeza sin responder.

—Por otra parte, continuó Luciano, V. nada tiene que hacer en este asunto. Nada tema V., esta mañana he escrito á Giordano, y, cuando regresemos á París, ya estará todo arreglado. ¿V. cree, por ventura, que Chateau-Renaud se negará á aceptar mi proposición?

—Por desgracia, respondí, Chateau-Renaud es tenido por tan valiente, que no puede dudarse de que aceptará.

—Entonces todo marcha á pedir de boca, dijo Franchi. Vámonos á almorzar.

Ya otra vez en la alameda nos subimos al cabriolé.

—¡Calle de Rivoli! dije al cochero.

—No, replicó Luciano, soy yo quien convidó á V. á almorzar... Al café de París, cochero... ¿No era en el café de París donde solía almorzar mi hermano?

—Creo que sí.

—Sí, en el café de París; por otra parte, he citado para él á Giordano.

—Vamos pues al café de París.

Media hora después nos apeamos á la puerta del restaurante.

XX

La entrada de Luciano en el café de París fué una nueva demostración del estupendo parecido entre él y su hermano.

El rumor de la muerte de Luis había cundido, quizá no en todos sus pormenores, es cierto, pero al fin cundido; así es que la aparición de Luciano llenó de estupor á todo el mundo.

En cuanto á mí, previendo que Giordano vendría á reunírseos, pedí un gabinete, el situado en lo último del café, y en el cual Luciano se puso á leer los diarios con sosiego que tenía todas las apariencias de insensibilidad.

Mientras almorzábamos llegó el barón Giordano Martelli, y aunque él y Luciano no se habían visto hacia cuatro ó cinco años, la única demostración de amistad que se dieron fué un apretón de manos.

—Todo está arreglado, dijo Martelli.

—¿Chateau-Renaud acepta? preguntó Luciano.

—Sí, pero con una condición, y es que tras V. lo dejen en paz.

—Nada tema Chateau-Renaud: soy el último Franchi. Y dígame V.: ¿ha visto V. á él personalmente ó á sus testigos?

—A él. El mismo se ha encargado de avisar á Boissy y á Chateaugrand. En cuanto á las armas, hora y sitio, serán los mismos.

—De perlas. Siéntese V. y almuerce.

El barón tomó asiento, y hablamos de todo menos del duelo.

En almorzando, Franchi nos rogó que lo diésemos á conocer al comisario de policía que echara los sellos, y al propietario de la casa en que habitara su hermano, pues anhelaba pasar en el mismo cuarto de Luis la noche que le separaba de la venganza.

Tales diligencias nos absorbieron parte del día, y hasta las cinco de la tarde Luciano no pudo entrar en la que fué habitación de Luis, donde le dejamos solo, sabiendo, como sabíamos, que la pesadumbre tiene su pudor y que es menester respetarlo.

Franchi nos citó para la mañana siguiente á las ocho, rogándome que me procurase las mismas pistolas y aun que las comprase si estaban de venta.

En seguida me encaminé á casa de Devisme, y quedó cerrado el trato mediante ciento veinte duros.

Al día siguiente, á las ocho menos cuarto, me encontraba en casa de Franchi; al cual hallé sentado en el mismo sitio y á la misma mesa en que había hallado escribiendo á Luis.

—Buenos días, me dijo Franchi sonriéndose, aunque estaba intensamente pálido; escribo á mi madre.

—Supongo que le participa V. una nueva me-

nos dolorosa que la que hace ocho días le participó Luis.

—Le digo que puede rogar tranquilamente por su hijo y que éste está vengado.

—¡Hombre! ¿y cómo puede V. hablar con semejante seguridad?

—¿No anunció á V. anticipadamente su muerte mi hermano? Pues yo anticipadamente le anuncio la de Chateau-Renaud. Y levantándose y tocándome en la sien, añadió: Por aquí le meteré la bala.

—¿Y V. ¿repuse.

—Ni siquiera me tocará.

—A lo menos aguarde V. á que se haya efectuado el duelo para enviar esa carta.

—Es del todo ocioso, replicó Franchi tirando de la campanilla. Y volviéndose hacia el criado, que acudió solícito al llamamiento, continuó: José, esta carta al correo.

—¿Así pues ha vuelto V. á ver á Luis? pregunté.

—Sí, me respondió Luciano.

Tenían no sé qué de inexplicable aquellos dos duelos seguidos, en los cuales y de antemano uno de los dos adversarios estaba condenado sin remisión.

En esto llegó el barón Giordano Martelli, y como eran las ocho, partimos.

Era tal la prisa que de llegar tenía Luciano, y estimuló éste por tal manera al cochero, que arribamos al lugar de la cita diez minutos antes de la hora señalada.

Nuestros adversarios llegaron á las nueve en punto, y los tres á caballo y seguidos de sendos criados á caballo también.

Chateau-Renaud venía con la mano en la pechera de su levita, de modo que á primera vista dime á entender que llevaba el brazo en cabestrillo.

A veinte pasos de nosotros Chateau-Renaud y sus testigos se apearon y echaron á sus criados las riendas de sus monturas.

Chateau-Renaud se quedó atrás, y por más que estábamos bastante separados de él, lo ví mirar á Luciano y palidecer. Luego volvió el rostro, y se entretuvo en cortar con el látigo que llevaba en la mano izquierda las florecillas que entre el césped crecían.

—Aquí estamos, señores, dijeron Chateaugrand y Boissy. Pero ya conocen ustedes nuestras condiciones, esto es que este duelo es el último, y que, sea cuál fuere su resultado, el señor de Chateau-Renaud no tendrá que responder de las dobles consecuencias á persona alguna.

—Corriente, digimos Giordano y yo.

Franchi se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Traen ustedes pistolas? preguntó el vizconde de Chateaugrand.

—Las mismas del otro día.

—¿El señor de Franchi las conoce?

—Muchísimo menos que el señor de Chateau-Renaud, pues éste se ha servido de ellas una vez y el señor de Franchi todavía no las ha visto.

—Está bien, señores. Chateau-Renaud, acércate.

Inmediatamente nos internamos en el bosque sin proferir palabra; y es que cada uno de nosotros, apenas repuesto de la escena de la que íbamos á ver nuevamente el teatro, presentíamos que iba á pasar algo no menos terrible que la vez primera.

Al llegar á la hondonada, Chateau-Renaud, gracias á un gran dominio sobre sí mismo, parecía estar sosegado; pero los que lo vieran en aquellos dos duelos podían sin embargo apreciar la diferencia.

De tiempo en tiempo Chateau-Renaud miraba al

soslayo á Franchi, y su mirada expresaba una zozobra que se parecía grandemente al terror.

Quizá lo que le preocupaba era el admirable parecido de los dos hermanos, y creía ver en Luciano la sombra vengadora de Luis.

Mientras cargaban las pistolas, le ví en fin sacar la mano de su pechera; llevábala envuelta en un pañuelo mojado que debía calmar de ella los movimientos febriles.

Luciano aguardó con la mirada sosegada y fija, como quien está seguro de la venganza, y, sin que le indicaran el sitio, fué á colocarse en el que ocupara su hermano; lo cual obligó naturalmente á Chateau-Renaud á encaminarse hacia el que él ocupado había.

Franchi recibió su arma con sonrisa de gozo; Chateau-Renaud, al tomar la suya, de pálido que estaba se tornó como una mortaja. Luego y como si su corbata lo estrangulara, pasó la mano entre aquélla y el cuello de su camisa.

Es imposible formarse idea del involuntario terror con que miraba yo á aquel joven, gallardo, rico, elegante, que, el día anterior, por la mañana, se daba á entender que todavía tenía ante sí largos años de vida, y que ahora, con la frente bañada en sudor y el corazón lleno de angustia, se sentía condenado á muerte.

—¿Están ustedes, señores? preguntó Chateaugrand.

—Sí, respondió Luciano.

Chateau-Renaud se limitó á hacer con la cabeza una señal de afirmación.

En cuanto á mí, no atreviéndome á presenciar de frente aquella escena, volví el rostro.

—Oí las dos palmadas, y, á la tercera, los dos pistoletazos.

Al volverme, vi á Chateau-Renaud tendido en el suelo, muerto instantáneamente, sin haber exhalado un suspiro ni haber hecho un movimiento.

Arrastrado por la invencible curiosidad que nos impele á seguir hasta el fin una catástrofe, me acerqué al cadáver, y vi que la bala le había entrado por la sien, en el mismo sitio que Luciano indicara.

Luego me acerqué á Franchi, que se había quedado tranquilo é inmóvil, pero que al verme venir dejó caer su pistola y se arrojó en mis brazos, exclamando entre sollozos:

—¡Oh! ¡hermano mío, mi pobre hermano!

Aquellas fueron las primeras lágrimas que vertió Luciano de Franchi.

FIN

OTÓN EL ARQUERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

A fines de 1340, y en fría aunque todavía hermosa noche de otoño, un jinete pasaba por el angosto camino abierto en la margen izquierda del Rhin. Atento á la hora avanzada de la noche y al rápido portante que había hecho tomar, á su caballería, por más que ésta estuviese ya muy fatigada, pudiera uno haberse dado á entender que el jinete iba á detenerse á lo menos durante algunas horas en la pequeña ciudad de Oberwinter, en la cual acababa de entrar; pero no, internóse al mismo paso, y como hombre á quien le son familiares, en un dédalo de tortuosas y angostas calles que podían abreviar algunos minutos su camino, y á no tardar reapareció en el otro lado de la ciudad, saliendo por la puerta opuesta á aquella por la cual entrara.

Como en el instante en que tras el jinete bajaron el rastrillo, la luna, hasta entonces velada, precisa-